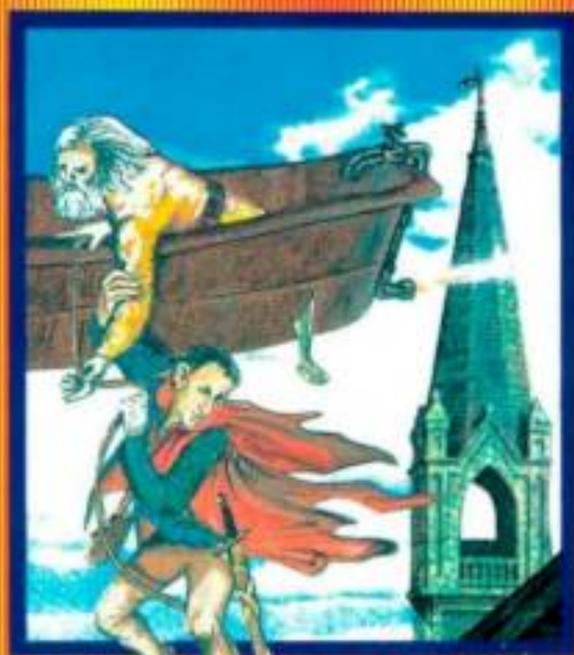


**ICARO**  
FANTASIA

# EL REY QUE SALVÓ SU CABEZA

Tercer volumen de EL REY RELUCTANTE



L. SPRAGUE DE CAMP



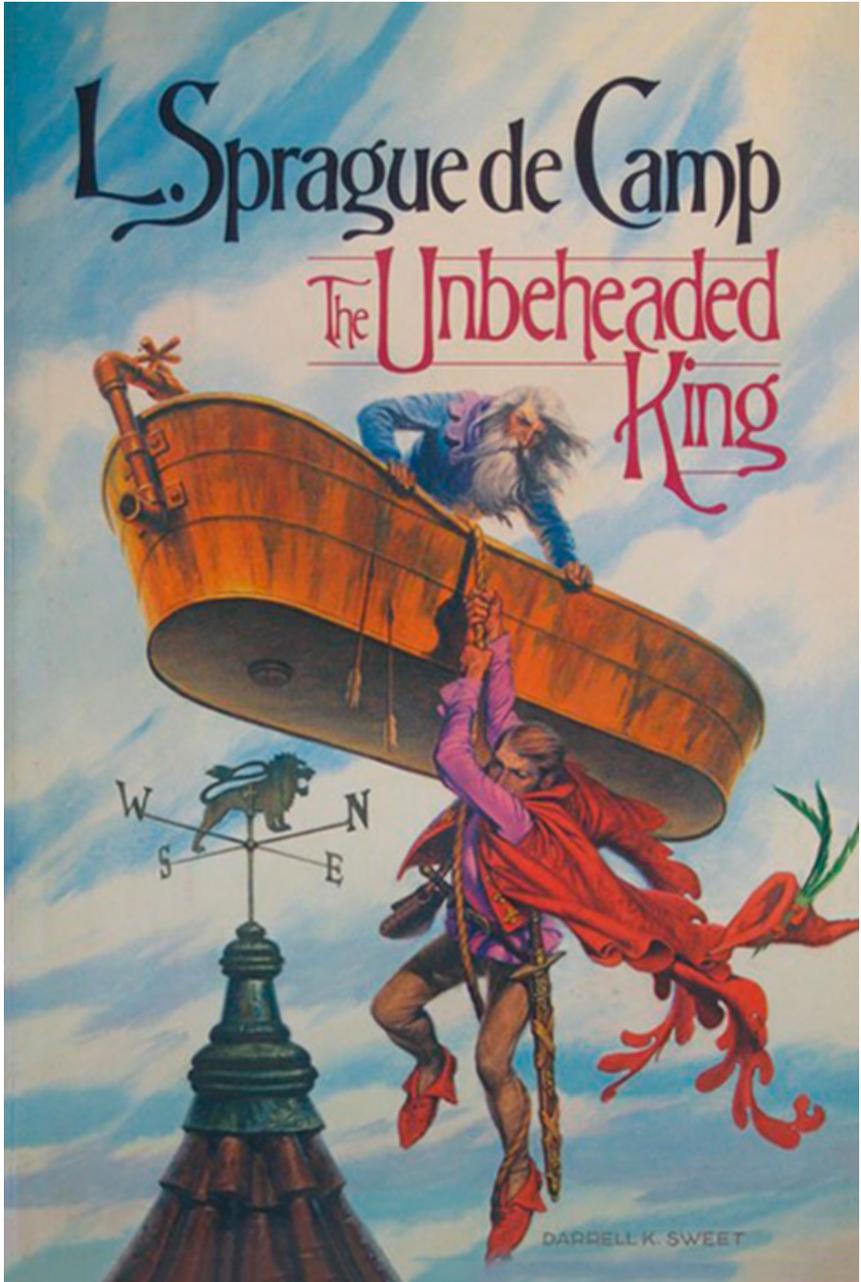
Tres años antes, Jorian fue coronado rey de Xylar. Pero las leyes de Xylar decretaban que sus monarcas debían ser decapitados al final de un reinado de cinco años. A Jorian no le hacía feliz perder su cabeza. Con la ayuda del anciano mago Karadur, consiguió escapar.

Desgraciadamente, no pudo llevar consigo a su amada, la reina Estrildis, ni encontraba el modo de liberarla del palacio de la ciudad de Xylar.

Pero Jorian siente que su suerte ha cambiado. Él y el anciano mago Karadur son transportados a través del aire de la noche en una gran bañera de cobre movida por un demonio controlado por Karadur. Bajo ellos se encuentra ya la ciudad de Xylar. Mientras el demonio mantiene la bañera flotando sobre el palacio, Jorian debe descolgarse por una cuerda y rescatar a Estrildis.

El plan era infalible, pero...

«El rey que salvó su cabeza... tiene todo lo que una buena fantasía debe poseer: brujos adversarios, fantásticas bestias, princesas, viajeros, bosques tenebrosos, interesantes cuentos con moraleja» (*The Washington Post*).



## NO SE DEBE CONFIAR EN UN DEMONIO

Tres años atrás, Jorian fue coronado Rey de Xylar. Pero las leyes de Xylar decretaban que cada uno de sus monarcas aleatoriamente elegidos debía ser decapitado al final de un reinado de cinco años. Jorian tenía ciertos prejuicios acerca de perder su propia cabeza. Con la ayuda del anciano mago Karadur, consiguió escapar.

Desgraciadamente, no fue capaz de llevarse consigo a su amada, la Reina Estrildis, ni pudo desde su huida encontrar un modo de liberarla del palacio de la ciudad de Xylar.

Pero Jorian tiene la impresión de que su suerte ha cambiado. Él y el anciano mago Karadur son transportados a través del aire de la noche en una gran bañera de cobre movida por un demonio controlado por Karadur. Bajo ellos se encuentra ya la ciudad de Xylar.

Mientras el demonio mantiene la bañera flotando sobre el palacio, Jorian debe descolgarse por una cuerda y rescatar a Estrildis.

El plan parecía infalible, pero...

## EL REY QUE SALVO SU CABEZA

*Lyon Sprague de Camp nació el 27 de noviembre de 1907 en la ciudad de Nueva York. Sus primeras décadas las aprovechó siendo un buen estudiante e interesado por la Ciencia. Se diplomó en el Instituto Tecnológico de California (1930) y en el Stevens de Nueva Jersey (1933). Sus primeras labores las desarrolló como ingeniero, instructor y director de la Escuela de Invención y Patentes. El siguiente trabajo como editor y periodista (1937-38) le hace irse aproximando al campo de las letras. El primer relato que vende profesionalmente es «The Isolinguals», en septiembre de 1937, para «Astounding Stories». Su vida se encamina a ser escritor «freelance» para las revistas de la época, hasta que la Guerra Mundial trunca sus planes, donde desempeña una labor de experto para la Marina de los Estados Unidos. Licenciado con el grado de comandante, vuelve por sus fueros como escritor, realizando, también, una labor de periodista y colaborador de una agencia publicitaria en Filadelfia (1956).*

*L. Sprague de Camp es fundamentalmente conocido en España por sus colaboraciones con R. E. Howard y Lin Carter en la saga de «Cortan», al igual que como especialista americano en la «Heroic Fantasy». Pero su faceta fundamental versa en torno a un «Space Opera» picaresco y a una «Fantasía» de clara tendencia humorística. La «serie de Krishna» o «serie de Viagens Interplanetarias» es una mezcla de aventura a lo Edgar Rice Burroughs y de intrigas maquiavélicas, destacando unos personajes «simpáticos» para el lector, antihéroes que les mueve el interés práctico. Dentro de este ciclo sobresalen las siguientes novelas: «La torre*

de Zanid» (1958), «The Search for Zei» (1962) y «The Hand of Zei» (1963).

«El Rey Reluctante» se trata de una trilogía donde persisten los grandes temas del autor: una «imagería» de tipo humorístico, con referencias medievales y haciendo hincapié en la aventura; un carácter «urbano» y sociológico, cuestionando el lugar que uno ocupa en una sociedad cuando algo lo perturba, y la utilización del esfuerzo del héroe para construir un nuevo estado de cosas. También el uso de la tecnología mágica, aplicada a los fines de una razón práctica. La obra está compuesta por las siguientes novelas: «La torre encantada» (1968), «Los relojes de Iraz» (1971) y «El rey que salvó su cabeza» (1983). En base al éxito de estas narraciones. De Camp escribió una nueva secuela: «The Honorable Barbarian» (1989).

Alberto Santos Castillo

Junio 1990

## 1

## EL PALACIO DE XYLAR

Una gran bañera de cobre, cuya brillante superficie reflejaba los rayos del sol poniente, sobrevolaba las nieves de los Lograms. Se deslizaba entre los picachos, a pocos codos por encima de los glaciares.

—¡Gorax! —gritó uno de los dos pasajeros de la bañera—. ¡Te dije que no pasaras tan cerca de las montañas! ¿Quieres paralizar de terror mi viejo corazón? ¡A partir de ahora, por favor, evítalas!

—¿Qué dice? —preguntó su compañero.

El primero en hablar inclinó la cabeza como para escuchar y, luego, respondió:

—Dice que quiere que este viaje termine de una vez. Me suplica que le deje aterrizar en cualquier pico para descansar, pero no lo haré. Si accedo a su petición, este demonio se consideraría libre de su misión y volvería a su dimensión natal, abandonándonos en algún glaciar perdido.

El que acababa de hablar era un hombre seco y de piel morena, ataviado con una túnica marrón cortada en burda tela. El viento hacía ondear sus largos cabellos blancos que se derramaban por debajo de un amplio turbante del mismo color y agitaba su larga barba igualmente blanca. Era Karadur, vidente y brujo de Mulvan.

El otro ocupante de la bañera era un hombre alto y fuerte, todavía joven, de floreciente aspecto avivado por el aire de la montaña y con unos ojos negros profundamente hundidos en las órbitas; sus cabellos y barba eran igualmente negros; una cicatriz le cruzaba el rostro y la nariz, ligeramente curvada. Se trataba de Jorian de Ardamai, en Korto-

li, ex rey de Xylar, y, desde entonces, poeta, mercenario, narrador profesional, contable, relojero y geómetra.

Prosiguiendo una discusión entablada desde antes que estuvieran a punto de chocar con aquel picacho de los Lograms, Karadur le espetó:

—Hijo mío, lanzarse de cabeza en tal aventura era correr hacia el desastre. Tendríamos que ordenarle a Gorax que nos llevase a un territorio seguro, donde tuviéramos amigos y pudiéramos reflexionar en nuestra siguiente acción.

—Y cuando hubiéramos terminado de reflexionar —replicó Jorian—, los xylarianos ya se habrían enterado de nuestra marcha de Penembei. Lo sé porque, cuando fui rey, mis servicios secretos siempre estaban al corriente de todo. Me tendieron montones de trampas, esperando que intentara rescatar a mi querida Estrildis y...

Se golpeó en la nuca con el canto de la mano, aludiendo con aquel gesto a la sangrienta costumbre xylariana que exigía que al rey se le cortase la cabeza cada cinco años y fuese arrojada a la multitud para que aquel que se hiciese con ella se convirtiese en el nuevo monarca. La magia de Karadur le había permitido escapar a Jorian de su propia decapitación y, desde aquel día, Xylar sólo pensaba en recuperar a su fugitivo soberano para devolverle al reino y reanudar la ceremonia interrumpida para que su sucesor pudiera ser designado según las ancestrales leyes.

—Además —siguió Jorian—, mientras Gorax siga siendo vuestro esclavo, disponemos de este vehículo para acercarnos al palacio por vía aérea. Vos mismo habéis dicho que dejarle aterrizar sería como liberarle de sus obligaciones. Cualquier tentativa por vía terrestre sería más que delicada. ¿Por qué suponéis que me he traído esto? —Señaló un rollo de cuerda atado en uno de los extremos de la bañera del rey Ishbahar—. ¿Podéis embrujar esta cuerda como lo hicisteis con aquella otra en Xylar?

El brujo sacudió la cabeza.

—¡Ay, no! Eso exige la captura de un espíritu de la segunda esfera, asunto para el que no estoy actualmente equipado.

Cambió de táctica y, con voz alta y nasal, apuntó:

—Mi querido Jorian, el mundo está lleno de mujeres hermosas. ¿Por qué te obstinas con ésta? Es una chica muy agradable, lo reconozco, pero has conocido a muchas mujeres, tanto antes como después de tu reinado. No podemos decir que sea la única compañera posible...

—Os repito —bramó Jorian— que es ella a quien he elegido. Mis otras cuatro esposas me fueron impuestas por el Consejo de Regencia. No tengo nada contra ellas, pero se trataba tan sólo de un arreglo político. Y, además, ¿qué puede saber del amor un viejo asceta como vos?

—Olvidas que también yo fui joven un día; aunque te parezca difícil de creer.

—Bien, si el rey Fusinian de Kortoli arriesgó su vida por su bienamada Thanuda para arrancarla de las garras de Vu-um el troll, yo sería un cobarde si, por lo menos, no lo intentase.

—Pero con eso no borrarás a las mujeres a quienes has conocido carnalmente desde tu evasión.

—No me podéis echar en cara a la gran sacerdotisa. No tenía otra elección en aquellas circunstancias.

—Cierto, pero en cuanto a las otras...

—He procurado mantenerme fiel a Estrildis —le cortó Jorian un poco irónico—. Pero no puedo, sobre todo después de una larga abstinencia, despedir sin tocar siquiera a una hermosa chica que se me mete en la cama y me pide que la satisfaga. Cuando alcance vuestra edad, quizá mi fuerza esté a la altura de tales desafíos.

—¿Cómo puedes saber que los xylarianos no le han entregado Estrildis a otro? —preguntó Karadur.

—No era así cuando mi hermano Kerin estuvo allí para reparar los relojes. Sospecho que la emplean como rehén. Por mediación de Kerin, le dije que aguantase.

—¿Supones que sus sentimientos son menos perdurables que los tuyos? ¿Y si ella misma ha encontrado la compañía de un miembro del sexo opuesto?

—¡Impensable! —Exclamó el ex rey—. Siempre me afirmé que yo era su único amor y confío en ella como en ningún otro mortal.

—Cierto, pero, a veces, Astis, la diosa a la que en Mulvan llamamos Laxari, hace nacer en los más equilibrados mortales pasiones que ignoran las más firmes resoluciones y los más poderosos razonamientos. No desprecies las destrucciones que el destino y los caprichos de la naturaleza humana pueden infligir a nuestros planes mejor concebidos. Como decía el sabio Cidam, «Feliz aquel que espera lo peor, pues, en verdad, nunca se verá decepcionado».

Jorian se rió.

—¿Queréis decir que quizá ella se ha dejado montar por cualquier patán durante mi ausencia? Bien, supongo que habrá podido pasar así. Pero, como yo mismo era la mejor espada de Xylar, a excepción de Tartonio, el maestro que me enseñó, me resultaría bastante fácil librarme de él. Podría añadir que debería hacer lo mismo con la infiel, pero reconozco que tengo el corazón demasiado bondadoso para llegar a eso.

—Afirmas que la amas, ¿verdad?

—Hasta la locura.

—¿Así que nunca la harías desgraciada sin razón?

—¡Claro que no!

—¿Y si amase a ese hombre de verdad? En ese caso, le habrías roto el corazón inútilmente. Si luego, por fuerza o por suerte, la obligases a vivir a tu lado, créeme si te digo que tu existencia doméstica estaría lejos de ser paradisiaca.

—¡Maldito viejo! —gritó Jorian, encolerizado—. ¡Sólo veis las situaciones más oscuras! Proponga lo que proponga, siempre encontraréis abundantes razones para demostrarme que todo es tontería, burda o infame trampa. Quizá no os equivoquéis, pero si prestase oído a todas vuestras

argucias, me quedaría plantado donde estoy sin moverme, como si tuviese raíces. Me parece que hay que esperar a que pasen las cosas y actuar en consecuencia.

Karadur suspiró.

—Es difícil para un ser tan joven saber que, a largo plazo, eso sería lo mejor para todos.

Jorian alzó la vista. Las estrellas empezaban a aparecer.

—Por favor, pedidle al demonio que vaya más despacio —dijo—. No querría que nos estrellásemos contra el monte Aravia durante la noche.

—¿El monte Aravia? Me parece que allí reside uno de mis colegas, un tal Shenderu. Es un divino eremita. ¿Podríamos hacerle una pequeña visita?

Ante la expresión de su compañero, el brujo suspiró de nuevo y añadió:

—Bueno, será la próxima vez.

En la aurora de púrpura y oro la bañera volante navegaba todavía por encima de los Lograms, pero los contrafuertes se empezaban ya a perfilar según los viajeros se desplazaban hacia el norte. Las montañas no tardaron en alejarse y, durante horas, sobrevolaron los inmensos pantanos de Moru. Aquellas tierras no pertenecían en principio al reino de Xylar, pero, de hecho, era una zona mal definida, poblada solamente por algunos desesperados cocodrilos enanos que, decían, descendientes de los dragones que los paluanos caníbales llevaron en otros tiempos a Novaria. Muchas generaciones antes, aquellos antropófagos evolucionados lanzaron una expedición de merodeadores contra Ir, en la costa oeste de la larga península novariana.

Con la misma curiosidad de siempre, Jorian se asomó por el borde de la bañera. Buscaba en vano un dragón paluano en medio de los negros estanques y las masas de hierba grisácea de aquel pantano del que habían desapare-

cido casi todos los colores al acercarse el invierno. Karadur le advirtió:

—¡No te inclines así, hijo mío! Gorax pretende que desequilibres la bañera y que nos demos la vuelta, quedando con la quilla al aire.

—Esta bañera no tiene quilla —replicó Jorian, sonriendo ampliamente—, pero entiendo lo que queréis decir.

*Dos caballeros huyendo  
De la condenada Penembei  
Tiraron su carruaje  
Y fertilizaron el pantano  
Donde sus huesos se pudren desde entonces.*

—No estás en tu mejor momento, hijo mío —comentó el viejo brujo—. No sabemos si Penembei está condenada. Si ese Chuivir, al nombrarse rey, reivindica sus derechos con todas sus fuerzas, quizá resulte un monarca aceptable. Me parece, además, que la proposición del último verso no es muy acertada.

—Era por la métrica —replicó Jorian—. El primer pie debe ser un verso yámbico, según el doctor Gwiderius.

—¿Quién?

—El profesor que me enseñó prosodia en la Academia de Othomae. ¿Qué os parece este otro?:

*Dos colegas en la real bañera  
Por los pantanos de Moru se mueven  
Pero por asomarse mucho  
De golpe se cayeron  
Y su presunción yace por el suelo.*

Karadur sacudió la cabeza.

—Lo que implica que también yo me estoy asomando aunque, como puedes comprobar, procuro mantenerme en

el centro.

—¡Decididamente, os tomáis todo al pie de la letra!  
¡Muy bien, veamos de lo que sois capaz!

—¡Ay, Jorian! Ni yo soy poeta, ni el novariano es mi lengua materna. Componer una estrofa en mulvaniano que exprese los pensamientos propios y obedezca las sesenta y tres leyes de la versificación mulvaniano sería una tarea que exigiría más tiempo y paciencia del que los dioses parecen dispuestos a concedernos de momento.

Al mediodía habían abandonado los pantanos de Moru y sobrevolaban los bosques del sur de Xylar. Por la noche, los bosques dieron paso progresivamente a campos cultivados.

—Informadle a Gorax —dijo Jorian— que no deseamos llegar a la ciudad de Xylar antes de la medianoche.

—Quiere hacerme creer que tendremos suerte si llegamos antes del alba —contestó Karadur. Gimió, mentalmente, claro está, de fatiga.

—Pues pedidle que vaya más deprisa. En cualquier caso, no queremos que el sol se alce cuando yo me esté deslizado por la cuerda.

—Exactamente, ¿qué pretendes hacer?

—Muy sencillo. Kerin me dijo que los xylarianos habían instalado a Estrildis en las alcobas de la terraza. Imaginan que así me sería más difícil acercarme a ella, suponiendo, naturalmente, que emplease el camino terrestre. —Jorian se rió—. Así que, cuando estemos sobre el tejado, ataré la cuerda al grifo de la bañera, lanzaré el otro extremo por la borda, me dejaré caer y me habré llevado a Estrildis antes de que se den cuenta de mi presencia. Lamento que no dispongamos de una de esas cuerdas hechizadas.

—Si tuviéramos tiempo para practicar las operaciones mágicas necesarias, intentaría prepararte una.

—Ese grito era la alegría y el orgullo del rey Ishbahar —observó Jorian—. Lo concibió un ingeniero de la Casa de la Sabiduría. El único problema era que los criados del rey debían mezclar el agua caliente y la fría en un depósito instalado en el techo del palacio y nunca conseguían ajustar las proporciones adecuadas. El pobre Ishbahar se encontraba siempre o congelado o cocido. Le sugerí que instalase dos grifos, uno para el agua caliente y otro para la fría para que pudiera regular la temperatura del agua a su antojo, pero con el asedio de Iraz y la rebelión de las facciones, no tuvo ocasión para llevar mi idea a la práctica.

Karadur sacudió la cabeza tristemente.

—Con todas esas nuevas invenciones salidas de la Casa de la Sabiduría, de aquí a algunos siglos nuestra esfera se parecerá al mundo futuro donde todo son máquinas zumbantes y traqueteantes y donde la magia no tiene cabida. Rezo cada día para no encarnarme en un mundo así.

—Yo procuro hacer lo mejor que puedo, ya sea con la magia o con la mecánica —dijo Jorian encogiéndose de hombros—. Al menos, debemos dar gracias a la monstruosa obesidad de Ishbahar, pues ella nos permite gozar de esta enorme bañera en la que los dos podemos dormir cómodamente. ¿Sabéis cómo la hizo construir?

—No, hijo mío. Por favor, cuéntamelo.

—Cuando Ishbahar accedió al trono, ya era bastante gordo pues, desde su infancia, su pasatiempo favorito fue comer. Así que, en la noche siguiente a su coronación, estaba agotado tras toda una jornada de pie, cumpliendo con todos los gestos exigidos por el ceremonial y respondiendo adecuadamente a los sacerdotes de los cultos principales. Ordenó, en consecuencia, a sus lacayos que le preparasen un baño y le pidió a su esposa favorita que le esperase en la alcoba real.

»La bañera real, sin embargo, había sido concebida para su predecesor, Shashtai VIII, que era bajo y delgado. Ishbahar metió un dedo en el agua y la encontró a su gusto.

Con un suspiro de anticipado placer, subió a la escalerilla plegable preparada por los lacayos y se metió en el baño. Pero, ¡ay!, mientras se hundía, se encontró estrechamente estrujado entre los bordes de la bañera. Llamó a un criado: "¡Esto no nos vale! ¡Somos picadillo real! ¡Ayudadnos a salir, por favor!". El servidor tomó el brazo del soberano y tiró de él con todas sus fuerzas, pero en vano. La conjunción del enorme peso del monarca y de las paredes inclinadas de la bañera mantenían a Ishbahar totalmente inmobilizado.

»Llamaron a otros criados al rescate quienes, todos juntos, tiraron de los brazos del rey, pero sin resultado. Llamaron a un guardia para que metiese el extremo de la lanza bajo el real trasero y usar el arma como palanca. Ishbahar soportó valientemente el dolor, sin dejar escapar más que unos pocos gemidos, pero no por ello se desprendió. Dos lacayos se apresuraron a apretar la alabarda junto con el guardia, pero no consiguieron otra cosa que romper el mango.

»El rey ordenó entonces que despertaran al ingeniero en jefe de la Escuela de la Materia, uno de los departamentos de la Casa de la Sabiduría. Éste, tras reflexionar un momento, dijo:

—»Majestad, puedo sacaros de ahí. Nos bastará con practicar un agujero en el techo e instalar una polea de doble cuerda. Luego, atando las cuerdas bajo las axilas y los muslos de Su Majestad, os sacaremos de tan molesta situación en un momento.

—»¿Cuánto tiempo llevará eso?» —preguntó el rey Ishbahar.

»El ingeniero reflexionó unos momentos en la pregunta y contestó:

—»Si Su Majestad está de acuerdo, considerando el tiempo necesario para dibujar los planos y reunir el material, estoy convencido de que os podremos sacar de ahí dentro de quince días.